

Capítulo VI del Informe Fellechner. Acerca de los Habitantes de la Costa Miskita, sus características (cualidades) físicas, síquicas y morales, sus modos de vida, vestido, alimentación, habitación, sus costumbres religiosas, sus enfermedades y su curación

Traducción de Danilo Salamanca

Los habitantes de la Costa Miskita son, a excepción de algunos europeos que se han asentado ahí voluntariamente, aborígenes¹. Estos se dividen, como ya fue señalado más ampliamente en el capítulo II, en: los sambos o miskitos propiamente, según se dice resultantes de una mezcla entre indios y mujeres negras; los indios originales, puros, los cuales se dividen en las varias tribus que también fueron ya antes señaladas, y los garífunas (“Karaibes” = garífunas)². Desde hace largos años se han unido en un estado común, se llaman a sí mismos con la designación general de pueblo miskito y son designados por los europeos como indios bravos, moscos, mosquitos e indios mosquitos.³

Los indios originales, puros, por los cuales entendemos aquí a los habitantes indudablemente originales y sin mezcla alguna, son de tamaño mediano, complexión regular, entre delgados y corpulentos. Un pelo negro abundante, generalmente liso, les cubre la cabeza. La forma del cráneo, aparte de la circunferencia un poco menor, no se diferencia mucho de la forma del cráneo de los europeos. La forma del rostro es regular. El hueso de la “pera de adán” no sobresale de manera extraordinaria como en otras razas de América. El dorso de la nariz es usualmente rectilíneo. La boca es ancha, tiene el labio superior un tanto grueso y muestra dientes blancos y bien formados. Los ojos son de forma y tamaño regular y el color del iris tiende hacia el marrón. El mentón y el labio superior están sólo levemente cubiertos de pelo, el color de la piel es marrón claro, aunque en las palmas de las manos y los pies es un poco más oscuro que los europeos. La estructura de la epidermis es, sobretodo en las extremidades inferiores más gruesa y resistente que la de los europeos.

Las mujeres son con frecuencia de rostro agradable y de cuerpo bonito y bien formado. Envejecen sin embargo prematuramente, seguramente por ninguna otra razón que el hecho que son casadas desde niñas.

Los sambos se distinguen de los indios puros por el color de piel mucho más oscuro, a veces casi negro; el pelo rizado, no raramente lanoso, semejante al pelo de la raza negra; el grosor de los labios y un tamaño relativamente mayor.

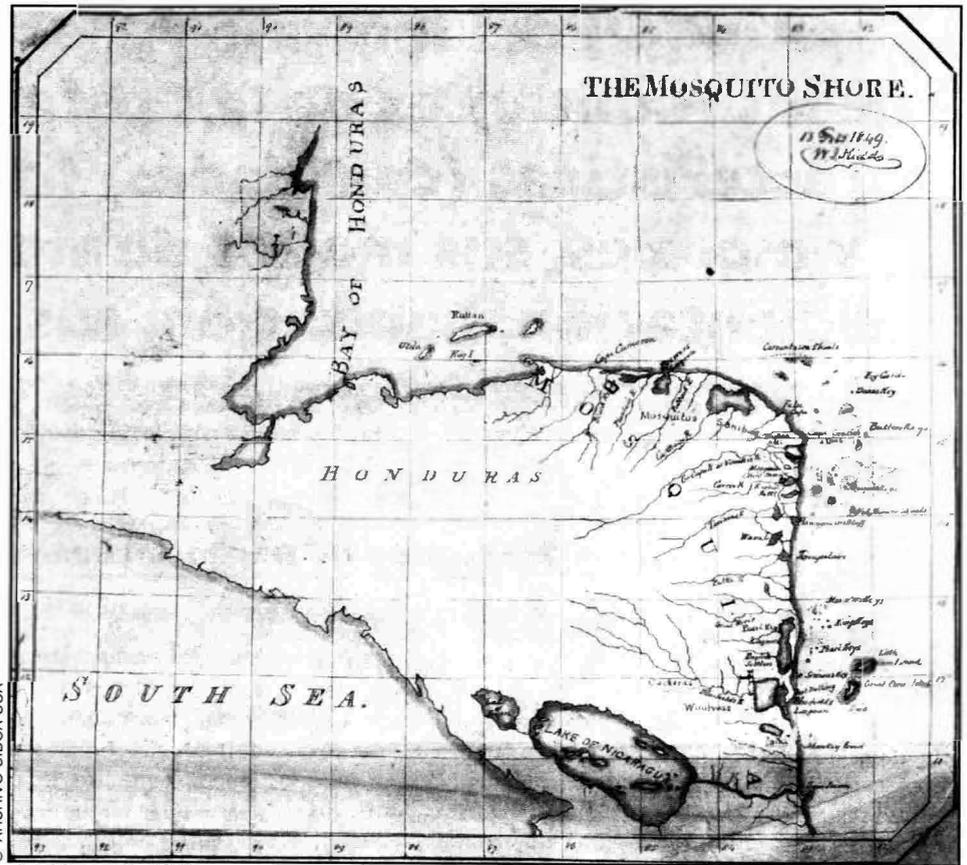
Los garífunas finalmente, indios aborígenes puros, difieren de los otros indios por una perceptiblemente más pequeña pero fuerte constitución; la forma de la nariz, cuyo dorso casi sin excepción es encorvado, y especialmente por una mayor agilidad y vivacidad de espíritu.

1. [Nota del traductor] Aquí aparentemente están hablando principalmente de la parte de la Mosquitia hondureña que visitaron, donde estaban las concesiones que les interesaban. En ese tiempo -y todavía ahora- no había ahí un número significativo de población negra de origen africano. Aparentemente, los garífunas son considerados “aborígenes”, aunque venían originalmente de otro lugar de América.
2. [Nota del traductor] En el capítulo II mencionan como habitantes de la Costa Miskita, en un sentido amplio, a: i) los sambos -de los que dicen, “según la leyenda” que les contaron, serían el resultado de una mezcla de hombres miskitos con las mujeres negras procedentes de un barco de esclavos que había naufragado en la zona doscientos años antes; los hombres habrían sido matados por los indios; ii) los indios originales puros que se dividen en varias tribus y habrían sido sometidos y, la mayor parte, desplazados hacia el interior por los sambos y iii) los garífunas a los cuales llaman “karaibes”.
3. [Nota del texto original] Es intrigante, y ya antes varias veces indagado, a qué circunstancia realmente le debe esta tierra el nombre de Costa Miskita. Porque los insectos conocidos con el nombre de mosquitos no se presentan aquí precisamente en cantidades tan grandes como en varias otras regiones costeras de América.

Entre estos arquetipos se encuentran al mismo tiempo los múltiples estados intermedios.

La mencionada regularidad corporal es tan general que sólo muy raramente se encuentra algún tipo de deformación y es igualmente rara la falta de alguna facultad sensorial. Es por eso que ya muchas veces antes se ha expresado la sospecha de que todos los niños estropeados o mal formados son muertos de inmediato cuando nacen; lo cual puede suceder sin crear escándalo en las chozas aisladas, apartadas, lejos de los poblados, en las cuales las mujeres embarazadas deben esperar el parto. Los indios sin embargo niegan esto rotundamente.

Las mujeres alteran particularmente los colores naturales de la cara utilizando diferentes colorantes. Para ello utilizan pigmentos de color marrón-rojizo o negro, con los cuales se pintan rayas y puntos en la nariz y en las mejillas.



© ARCHIVO CIDCA-LUCA
La Mosquitia 1849.

Tanto los hombres como las mujeres llevan por regla el pelo corto, pero las mujeres lo usan un poco más largo que los hombres. En estas últimas se puede observar a veces el cabello peinado muy graciosamente en abundantes pequeños rizos. Más raramente se encuentra, en los dos sexos, trenzado y amarrado en una pequeña cola.

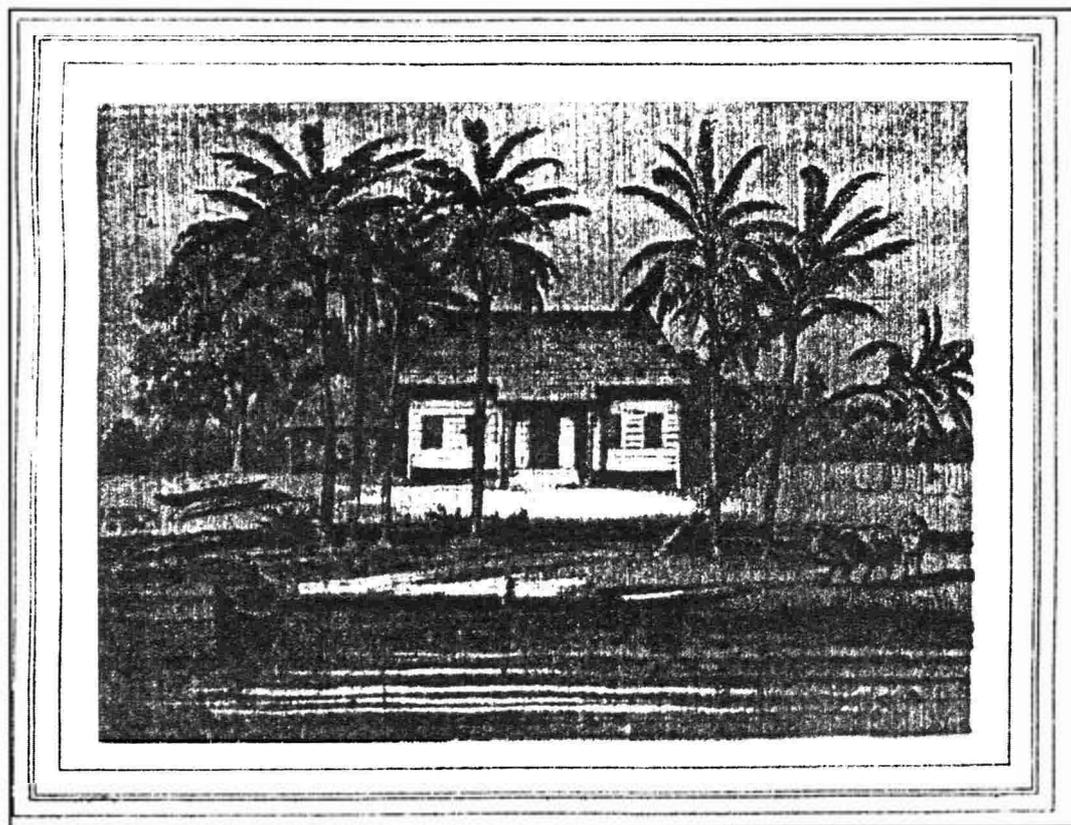
A la muerte de un miembro de la familia, como signo de duelo, los hombres se recortan una parte de la cabellera, y esto a ambos lados de la cabeza, de manera que desde la frente y a lo largo de la coronilla de la cabeza hasta atrás, se dejan una cresta de pelo largo.

Para alisar y conservar el pelo, los indios utilizan el aceite de la fruta de la “palma abanico”,⁴ al cual atribuyen una gran influencia en el crecimiento del pelo.

Aparte de una banda que les cubre la pelvis, para los hombres la vestimenta por regla consiste únicamente en una camisa de tipo europeo. Algunos sin embargo se ponen pantalones o cualquier otra prenda de vestir que hayan conseguido de los europeos. El verdadero vestido tradicional, que sin embargo se observa casi sólo en las familias de los jefes, y que de hecho puede haber sido antiguamente un privilegio de esas familias, consiste en un vestido largo sin mangas ni cuello, abierto por delante, confeccionado con un tejido de algodón hecho por ellos y que generalmente tiene rayas marrones. Solo algunos se cubren la cabeza con un viejo sombrero europeo. Ambos sexos llevan siempre los pies descalzos.

Las mujeres llevan raramente otra cosa que no sea una falda de tela gruesa (*osnabruck*) que desciende desde la cintura hasta la mitad de las piernas. Cuando logran obtener pañuelos u otros pedazos de tela los cosen juntos, incluso si son de diferentes colores o tejidos para hacerse faldas más largas. El pecho y la parte superior del cuerpo son solo excepcionalmente cubiertos con una tela.

4. [Nota del traductor] En alemán: “Fächerpalme” (literalmente “palma-abanico” -con hojas en forma de abanico). Se refieren, como está explicado en el capítulo 4 sobre la flora, a: “*Mauritia flexuosa* L., Fam. Palmae flabellifoliae, Dioec. hexandr., la cual crece en grandes apiñamientos en la costa del mar, en los linderos más profundos de la sabana, y en los lugares bajos de las riveras de los ríos. Las hojas son usadas por los indios principalmente para cubrir los techos de las chozas.” (pg 103)]



Casa en Cabo Gracias a Dios.

Los niños andan completamente desnudos.

Los bebés son llevados en la espalda de las madres en una tela, la cual es amarrada alrededor del cuerpo de estas últimas.

Los dos sexos utilizan perlas de vidrio de diferentes tamaños como adorno, pero preferiblemente de tipo pequeño y colores negro, blanco, rojo y amarillo, con las cuales hacen muy hábilmente collares artísticos y de buen gusto -las mujeres usan también pulseras para las rodillas.⁵

También usan aros de metales preciosos o de fantasía como adornos, los cuales llevan en los dedos, en las orejas y también, de vez en cuando, aunque sólo raramente, en el tabique de la nariz.

Las casas de los indios son chozas, o -más exactamente- techos en forma de cúpulas, los cuales reposan sobre entre

seis y ocho postes sembrados de madera, a veces rollizos a veces cuadrados. Los postes se elevan apenas a unos cuatro o cinco pies del suelo, de manera que uno sólo puede entrar agachándose en las viviendas. El tamaño y altura de las chozas es variado. Solo algunas de ellas tienen entre los postes paredes laterales, ligeras y transparentes, hechas de cañas. El techo es construido con varas de palo fuerte y cubierto con hojas de "palma abanico" atadas formando manojos, de tal forma que, de encontrarse en buen estado, lo cual es muy raramente el caso, ofrezca una total protección contra la lluvia.

La choza tiene normalmente una sola habitación. Raramente, una construcción en forma de estrado divide el espacio en dos niveles, de los cuales entonces el superior es utilizado como bodega o como dormitorio.

En el suelo de la choza arde durante todo el día y la mayor parte de la noche un fuego, al lado y casi encima del cual hay hamacas suspendidas de los postes en todas direcciones. En estas hamacas puede uno observar habitualmente a los habitantes masculinos de las chozas pasar sus días y sus noches en *dolce for niente*, mientras las mujeres están sentadas en cuclillas delante del fuego o ejecutan el trabajo de la casa.

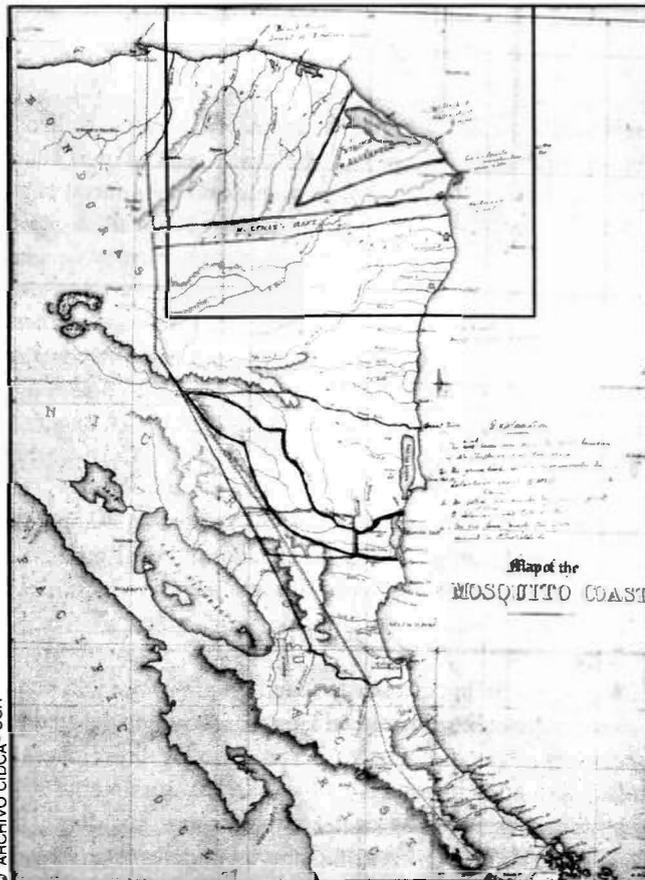
5. [Nota del texto original] Algo sorprendente es que las perlas de colores azules no son apreciadas del todo.

Las hamacas son hechas de la corteza del árbol "mahoe"⁶ o de las fibras de la yerba de seda [*seidengrases* en alemán] también trenzadas en forma de red y amarradas con cuerdas de corteza de palma o de corteza de mahoe.

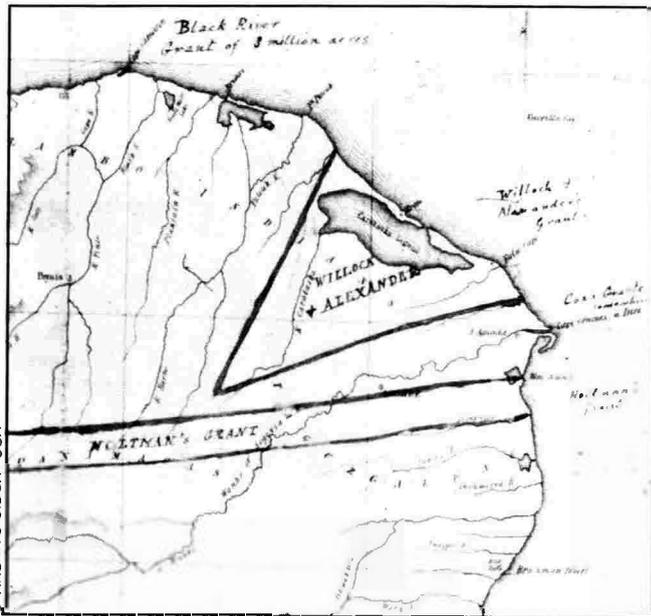
Además de las hamacas hay otros pocos objetos disponibles en las chozas; como utensilios, casi ninguna otra cosa que las así llamadas *calabashen* (huacales) -hechas de las frutas del arbusto de calabaza partidas por la mitad- las cuales sirven como vajilla para comer y beber, y alguna cacerola de metal. Aquí o allá, un plato de porcelana inglesa medio quebrado, una red de pescar, un viejo mosquete o un instrumento cortante en forma de sable (machete, introducido aquí por los ingleses) y arcos, flechas y una lanza.

Al lado de estos pocos utensilios encuentra uno los no menos pobres sobrantes de provisiones: algunas mazorcas de maíz multicolor, conchas de ostras, algunas cabezas de bananos, algunas piñas, cocos y frutos de palma (pejibayes) crudos.

Cerdos, gallinas y perros flacos son verdaderos miembros de estas organizaciones domésticas, en las cuales no falta ningún tipo de suciedad.



La Mosquitia siglo XVIII.



Zona de las concesiones Willock y Alexander.

¡Y qué contraste tan impresionante! Cuando uno emerge de las miserables, sucias y ahumadas habitaciones, apenas puede uno abrirse camino entre la vegetación plétórica y exuberante, a través de las altas yerbas verdes entre las cuales brotan graciosos arbustos y flores, entre rebozantes cepas de bananos y plátanos sobrepasadas por altas palmas cargadas de cocos. Y en medio de esa vegetación apacenta un ganado de una belleza que uno no está acostumbrado a ver ni siquiera en un parque inglés.

Este contraste nos conduce al rasgo fundamental del carácter moral de los indios miskitos: una pereza en un grado tan extremo, que uno apenas puede hacerse de ella un concepto. Rodeados por los regalos de la más generosa naturaleza, los indios miskitos son demasiado perezosos incluso para recogerlos. Los hombres particularmente evitan todo tipo de trabajo. A lo más que logra elevarse su diligencia es a la caza de un animal silvestre, a la captura de un pez o de una tortuga. Cualquier otro tipo de trabajo se lo dejan a las mujeres.

Esta pereza no se debe a una capacidad intelectual limitada o a una invalidez física. En parte puede estar relacionada con la historia del pueblo. Antiguamente, y hasta la mitad del siglo precedente (XVIII), los indios miskitos eran un pueblo guerrero el cual estaba en guerra, ya con los españoles, ya con los otros grupos indígenas -como fue relatado anteriormente (en el capítulo II).

6. [Nota del traductor] En alemán Mahoebaum - N.científico: *Hibiscus* (Species?), Fam. Malvaceae, *Monadelphya polyandr*L. Hay una descripción de este árbol en la página 116 del informe: "Este árbol es particularmente apreciado por su corteza la cual es de una textura muy particular y resistente y es utilizada por los indios para hacer hamacas, cuerdas y otros trabajos de trenzados".

momento. No tienen ningún folklore, ninguna canción u otro tipo de obra poética conservada en la memoria en una forma determinada.

Lo que aporta el momento es declarado, disfrutado y olvidado. Solo algunos cantantes populares -y cada comunidad tiene uno o más- retienen tanto el contenido, la forma y la melodía de algunas de esas canciones, las cuales han ganado un aprecio particular, y procuran reproducirlas lo más fielmente posible en las ocasiones apropiadas. Hemos añadido como apéndice una de esas canciones (pg 268). Es notorio que incluso los cantos de guerra, de los que se deben haber servido antiguamente, han caído en total olvido. El principal motivo actual de poesía es el amor.

Solamente durante algunas festividades especiales, en las cuales aparece un tipo de mascarada, es cantada con una melodía determinada una fórmula humorística cuyo significado ahora ni los mismos indios entienden.⁸

Entre los instrumentos musicales, el arpa judía común, que los indios saben tocar con una habilidad realmente notoria, ocupa el primer lugar. Este, su muy favorito instrumento, se lo procuraron de los ingleses. En segundo lugar está el tambor común, el cual también es manejado con gran destreza.

Aparte de estos son también usuales una especie de flauta con pocos tonos y un instrumento pequeño, de forma tubular recubierto a mitad con la cáscara interna de una nuez. Este instrumento es introducido completamente en la boca y le da al canto un tono zumbante particular.

La danza es ejecutada casi exclusivamente por las mujeres y las muchachas y, acompañada con el tambor, con cantos y con pequeñas sonajas, las cuales cuelgan del cuello de las bailarinas y están confeccionadas a partir de la cáscara seca de calabazas tiernas. Los bailes son principalmente en fila en las cuales la parte superior del cuerpo es movida más o menos vivamente en varias direcciones y los pies avanzados de manera correspondiente en movimientos lentos.

Escuchar cuentos procura a los indios un placer especial, mientras más fabulosos mejor. Alrededor de los cuentistas competentes se sienta la audiencia durante horas en

asombrado silencio. Cada oyente está sin embargo al final muy consciente de que lo que ha oído no es nada más que un cuento. Y mucho se equivocaría el que tachara a los indios de credulidad. "Puras mentiras", dicen al levantarse con cara complacida, cuando el cuentista por fin se calla. "Puras mentiras, pero ¡qué lindas!".

La medida del tiempo se hace de acuerdo a la luna, de manera que trece cambios de luna hacen un año. Para la cuenta de los años no existe ninguna era. Por eso nadie sabe su edad, ni puede dar con precisión la fecha de algún acontecimiento pasado.

Sobre el origen de la creación no tienen ninguna idea. Para ellos las estrellas no son nada más que piedras brillantes. Creen sí en la existencia de un ser superior infinitamente bueno y amable, pero sin asociar a él ningún concepto particular, y sin sentirse comprometidos a ningún tipo de culto religioso. Tampoco tiene este ser superior y bueno ningún nombre particular en su lengua, sino que para ese fin fue tomada del inglés la palabra *God*.

Al lado de esto asocian ellos el concepto más absoluto de creencia en el Diabolo, el cual consideran un espíritu supremamente poderoso, cuyo mayor placer es asustar, torturar y pervertir a la gente. Lo tienen por el causante de todos los males, de las enfermedades y cualquier otro inconveniente que les acontece, y tratan de vencer su influencia con los consejos y las artes de hechiceros y hechiceras (*sukias*).

Nunca le rezan a Dios, sólo al Diabolo, para que no les haga maldades. Los garífunas deben ejecutar, según costumbres ancestrales, fiestas ceremoniales en fechas determinadas, cuyo propósito es contrarrestar la mala voluntad del espíritu malo. A la pregunta, por qué nunca le rezan a Dios sino solo al diablo responden siempre que los ruegos a Dios no son necesarios, porque recibirían de éste todo lo bueno sin necesidad de rezos, si tan sólo el Diabolo lo permitiera; y que por eso ellos le tienen que suplicar al diablo que les permita gozar de lo bueno y que no les cause males. Así se entiende que tengan un miedo extraordinario a los fantasmas, de tal forma que, después de anochecer, a ningún indio le gusta salir solo de la choza. Entierran a sus muertos acostados en una canoa partida por la mitad, la cual es cubierta por la otra mitad y enterrada en el suelo.

Su manera de enterrar a los muertos demuestra que creen en la prolongación de la vida después de la muerte. Aprovechan a los muertos en la tumba con alimentos y utensilios para la caza, de manera que estén equipados para continuar viviendo en el otro mundo, y continúan por largo tiempo, en medio de danzas y cantos, renovando los alimentos en la tumba sobre

8. [Nota del texto original] Algunos hombres extraordinariamente ataviados, con largos bastones blancos en las manos, se desplazan en círculos haciendo las muecas y contorsiones más risibles y cantan las palabras: Abuela, Abuela, Abuela buena, tiburón-madre nariz de pala [*schau fi Inäsige Haijischmutter*] -ver la obra de Thomas Young, pg. 71 (se trata de Thomas Young: *Narrative of a residence on the Mosquito shore during 1839-1840-1841*. London. Smith Elder and Co. 1842).

la cual erigen generalmente una pequeña choza de cañas y hojas de palma. Sobre dónde y cómo tiene lugar esta vida después de la muerte no se sabe entre ellos nada.

La superstición les prohíbe hablar de los muertos o mencionar sus nombres. Una extraña costumbre, que al mismo tiempo es nefasta para el territorio, es la de, a la muerte de un indio, cortar todos las palmas que éste había plantado.

Si uno se pregunta qué medios han sido utilizados hasta ahora para dar a este pueblo una educación espiritual, y particularmente para hacerles llegar una concepción religiosa, tendría sin duda que lamentar que las sociedades misioneras, de las que tantas hay en Europa, aquí es donde menos han dirigido sus esfuerzos. En los últimos tiempos han debido haber misioneros ingleses por aquí o allá en la Costa, y mientras han podido distribuir aguardiente han encontrado feligreses. Pero en cuanto dejan de distribuir aguardiente, los feligreses se alejan de ellos.

Pero con procedimientos más adecuados no hay ninguna duda de que un pueblo que tiene tanta bondad natural y evidente sentido de rectitud, no puede carecer de capacidad espiritual para que el cristianismo eche rápidamente raíces y establezca al mismo tiempo el terreno para otro tipo de educación intelectual.

Pero de acuerdo a nuestra convicción hay un solo camino que puede conducir aquí a buenos resultados.

Una influencia directa sobre los indios adultos, que viven cotidianamente con las antiguas costumbres, usos y creencias, y que están satisfechos con las condiciones externas e internas de sus vidas es muy difícil, cuando no totalmente imposible.

Pero a los indios les produce siempre gran placer cuando los europeos se ocupan de sus hijos y los instruyen.

Que sus hijos lleguen a parecerse a los inteligentes hombres blancos, que aprendan sus costumbres y su lengua, halaga su vanidad. Y lo que la pereza y la rutina hacen aparecer indiferente e innecesario para ellos mismos, lo desean para sus hijos con ardor.

Con gran curiosidad indagaban los indios con nosotros, si el segundo hijo del finado rey, el príncipe Clarence, que había sido enviado a Inglaterra para su educación, había ya aprendido mucho y si ya incluso sabía tanto como un joven inglés de su edad. Y cuando se lo confirmábamos, y para probarlo era mostrada una carta que el príncipe había dirigido a su madre, y que nuestro compañero de viaje, el capitán Willock, tenía que entregar, esto producía una perceptible satisfacción general.

Los jóvenes indios son por lo demás confiados, ávidos de aprender, y entienden rápido -apenas es vencida la timidez inicial que les inspiran al principio los hombres blancos. La educación de los jóvenes es el único camino seguro por el que puede ser conducido a la civilización este pueblo por tan largo tiempo abandonado.

Y desde los doscientos años, desde los cuales los ingleses se han declarado los aliados de este pueblo, ¡nada ha sucedido!

El matrimonio no reposa, como se puede esperar, en ningún fundamento moral. La mujer es propiedad del hombre y es adquirida de sus padres a través de un acto de compra. El precio de venta es usualmente una vaca o el valor de la misma.

Cuando la mujer se hace culpable de adulterio, el seductor debe pagar al esposo, como castigo, una vaca; el precio de venta de la mujer. Castigo para la mujer no tiene lugar, y por eso ella se apresura, en general, a revelar el adulterio ocurrido al hombre para inducirlo al reclamo de la vaca.

Que la poligamia pueda ocurrir y ocurra está implícito en la naturaleza de estos matrimonios; sin embargo, en realidad, la mayor parte de los hombres posee sólo una mujer.

El hombre es la cabeza de la familia, y la familia entera vive junta, pacíficamente, en una choza.

Para los partos, la esposa abandona la casa del hombre y se instala con una partera en una choza solitaria en la sabana, donde nadie puede entrar, y que ella misma sólo puede abandonar hasta cierto tiempo después del parto.

El recién nacido es alimentado con el pecho de la madre hasta la edad de casi dos años.

En general, los indios miskitos tienen un lugar fijo de habitación. Se alimentan en parte de pescado, que sin embargo nunca -como se ha afirmado- consumen crudo, sino que saben cocinarlo muy bien y aún mejor freírlo en aceite, de ostras, y de carne de animales que obtienen a través de la caza, o que tienen domesticados. En parte, también, de la frutas cocidas de cierto tipo de palmas, de maíz, de yuca, de plátanos asados, de piñas, de cocos y otras frutas. Los alimentos vegetales son los más frecuentes.⁹

9. [Nota del texto original] En relación a los cuentos periodísticos recientemente difundidos en Alemania, debe ser aquí todavía señalado, que a los indios miskitos ni siquiera las frutas les gustan crudas, cuando no están completamente maduras -no digamos entonces pescado o carne cruda-. Así que en lo que respecta a esto, ellos son de un paladar más exigente que muchos alemanes que encuentran las frutas medio maduras y la carne medio cocinada, de un gusto excelente.

Para la preparación de bebidas embriagantes, llamadas *mishla*, a las que desgraciadamente son muy aficionados, utilizan varias plantas, particularmente la piña, los plátanos, los bananos y la yuca; y para obtener la fermentación de las mismas, las mujeres mastican las frutas y las mezclan con el jugo de la caña de azúcar.

No menos que de estas bebidas que preparan ellos mismos gustan del ron, que obtienen a través de extranjeros.

A la par de estas bebidas, el tabaco es uno de los principales placeres de sus vidas. Pero a pesar de que ellos mismos cultivan un tabaco exquisito, de un aroma suave y superior, prefieren sin embargo las hojas norteamericanas más ordinarias, porque son más fuertes y aturden más, y se consideran dichosos cuando logran mendigar de los extranjeros tabaco de la peor calidad.

A falta de tabaco se conforman con substitutos de otras hierbas narcóticas secadas.

Dentro de los aparejos que los indios miskitos utilizan y fabrican ellos mismos, aparte de los que ya hemos mencionado, las embarcaciones ocupan el primer lugar. Son canoas largas y estrechas, hechas de un solo tronco de árbol, que no raramente tienen desde seis hasta ocho pies de diámetro. Los más grandes, constituidos de una quilla, se llaman *dori*. Los más pequeños, de fondo plano, pipantes. Los desplazan con la ayuda de pequeños remos planos o con pequeñas velas, y los utilizan con gran seguridad no sólo para viajar en ríos y lagunas sino, incluso, en travesías marinas cortas.

En general los miskitos son muy buenos navegantes y excelentes nadadores. Si una canoa se vuelca durante una travesía, el viaje resulta perturbado solo un momento. La embarcación es puesta de nuevo boca arriba por los nadadores, el agua es evacuada, los indios se montan de nuevo y el viaje es continuado como que nada hubiera pasado.

10. [Nota del traductor] El árbol en cuestión, que denominamos aquí "quiebrahacha" es llamado en alemán *Eisenholz* y es descrito así (pg. 115): *Iron wood* para los ingleses, *Erythroxylon* (Species?), Fam. Erythroxyleae, Decandr. trigynia L., es un árbol de 16 a 20 pies de altura y de seis a ocho pulgadas de diámetro, que proporciona una madera preciosa.

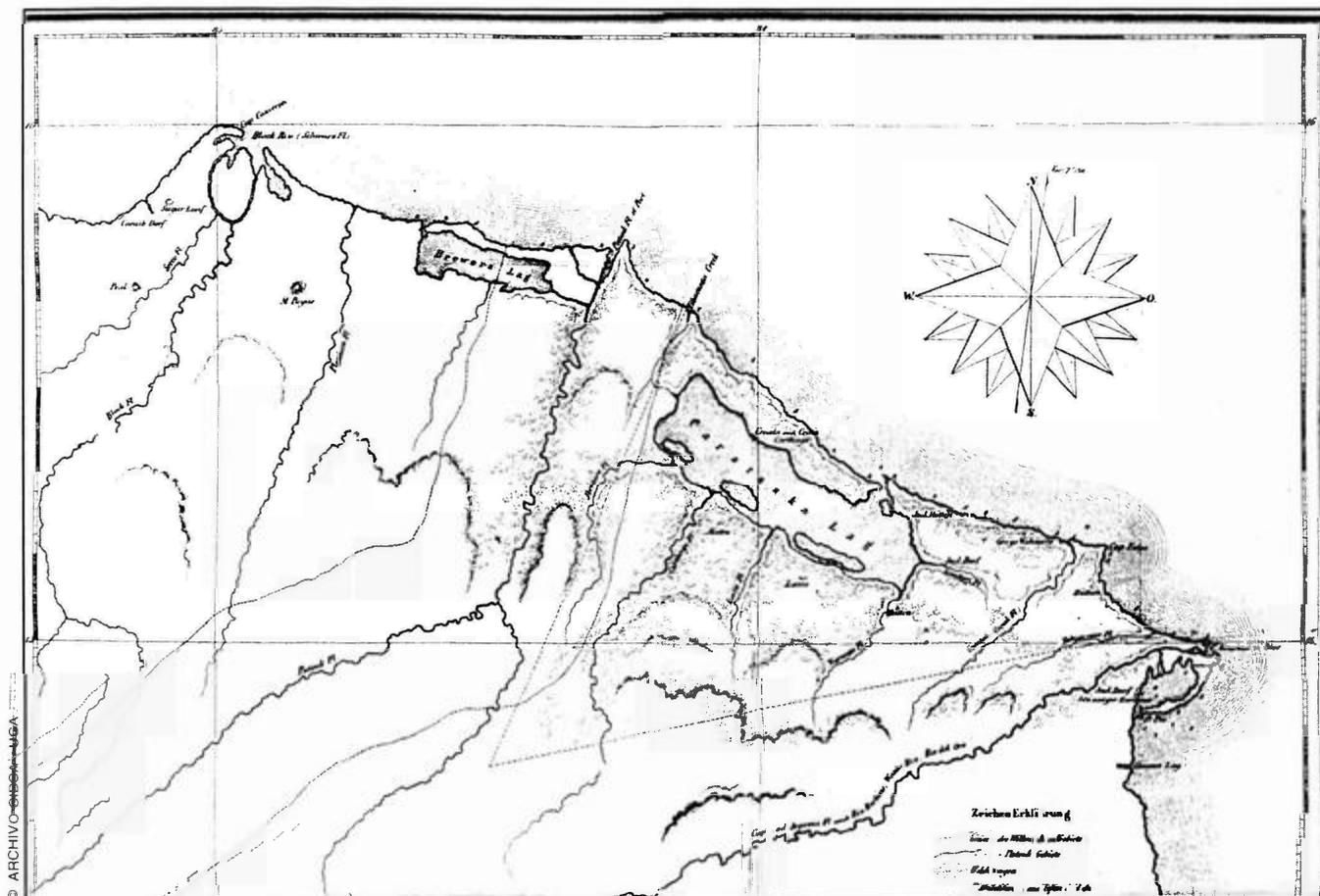


Mapa de la costa de la Mosquilla.

Para la caza, cuando no tienen fusil, utilizan un simple arco de madera muy dura (específicamente, quiebrahacha¹⁰), el cual es tendido con una cuerda hecha de fibras trenzadas del árbol mahoe (para una descripción del árbol, ver nota 6) y una flecha hecha de una vara larga con una punta de hierro o de madera dura.

Saben lanzar las flechas con gran fuerza y seguridad. Los fusiles con llave de pedernal -los indios todavía no están familiarizados con el uso de los fusiles con llave de percusión- están muy difundidos entre los indígenas originarios de las regiones cercanas a la costa y entre las familias dirigentes y son una mercancía extremadamente solicitada.

Pero, aunque los indios son en general cazadores entusiastas, y durante la caza abandonan completamente su característica pereza habitual, no podemos sin embargo alabarlos por una particular destreza en el uso de las armas de fuego. Esto puede deberse en parte a la pésima calidad de las armas que truecan por un alto precio con los comerciantes anglo-antillanos.



Bosquejo de las áreas en venta en la costa de la Miskitiá

Para matar a las tortugas utilizan una especie de arpón.

La confección de tejidos es realizada con el auxilio de un marco en el cual se tiende el hilo de urdimbre y después, al igual que en el telar común, es entrecruzado con hilo de trama. El hilo es enrollado con gran habilidad en un huso común.

Otras artes no conocen los indios miskitos.

A sus animales domésticos les consagran poca atención. Los caballos andan, abandonados a sí mismos, a mitad o completamente salvajes en las sabanas de los alrededores y llevan a la vista, en las espaldas cargadas de heridas y en las orejas infestadas de insectos, la negligencia de sus propietarios. Las vacas, que también viven en las sabanas y que solo en el momento de parir se encuentran en la choza de sus dueños, se desarrollan espléndidamente y sobresalen por su belleza, a pesar de carecer de cualquier tipo de cuidado.

Aunque un modo de vida tan simple y un clima sano y

temperado de por sí hace predecir que las enfermedades van a ser raras, y que así es de hecho válido en general y muy particularmente para las así llamadas enfermedades internas, así se encuentran sin embargo muy frecuentemente enfermedades crónicas de la piel, a saber, escamosidades secas y excrecencias globulares de la piel, las cuales degeneran hasta elefantiasis.

Varias veces hemos visto afectados por estas erupciones de la piel a todos los habitantes de una choza o de varias chozas adyacentes, y en general tal vez ni siquiera la mitad de los miskitos se encuentre totalmente libre de enfermedades cutáneas.

La culpa reside en parte en la alimentación y en parte en la gran negligencia del cuidado de la piel, la cual es muy indispensable en un clima tropical, dada la gran actividad que realiza el sistema cutáneo. Si añadimos además la total falta de atención médica a estas enfermedades, no podemos asombrarnos de su extensión e intensidad.

Un médico inglés de la ciudad inglesa de Belice, en la costa de Honduras (británica) nos comunicó que las erupciones cutáneas se detienen solas cuando los miskitos afectados se quedan en Belice y consumen una mejor alimentación y en particular sal. La única razón de estas erupciones es el consumo de pescado sin sal. Porque aunque las aguas del mar caribe son muy saladas, los indios no saben elaborar la sal o son muy perezosos para hacerlo.

Dentro de las erupciones agudas de la piel, el sarampión y sobretudoo la viruela humana propiamente han hecho estragos desde hace varios años y ocasionado un número extraordinario de muertes.

Aunque hasta ahora no han tenido lugar inoculaciones con la viruela vacuna, las pruebas que ejecutamos con linfa que habíamos traído con nosotros de Alemania fueron aceptadas con consentimiento por los indios. Desgraciadamente fracasaron, porque la linfa se había echado a perder durante la travesía.

Las así llamadas enfermedades internas que afectan a estos indios parecen limitarse casi exclusivamente a fiebres intermitentes y reumatismos. Aparte de esto observamos entre todos los niños de las chozas situadas entre el Cabo Gracias a Dios y la laguna de Caratasca la tos ferina en una modalidad epidémica. La tifoidea y la temible fiebre amarilla -según todas las fuentes confiables que existen- son totalmente desconocidas en el territorio miskito y es un hecho confirmado que, cuando una enfermedad contagiosa se declara en Belice, los miskitos ahí residentes en tanto que sirvientes, cazadores, operarios u otra cosa, inmediatamente huyen hacia su tierra.

No observamos enfermedades mentales ni tampoco tuvimos noticia de su existencia.

En la categoría de enfermedades que requieren cirugía pudimos observar un caso de hernia.

Finalmente tuvimos que pensar en los males propios del terreno y el clima, que son causados a las personas por las mordeduras y picadas de animales. Son en primer lugar de mordeduras de serpientes.

En las regiones habitadas por la gente, el número de serpientes venenosas es muy pequeño, y esas serpientes huyen de las personas. Si a pesar de todo alguien es mordido por una serpiente venenosa, los indios se sirven de la raíz de guaco,

la cual se encuentra más frecuentemente en la vecina isla de Roatán. Según observadores dignos de confianza, este es un remedio completamente seguro, incluso cuando las fuertes fiebres revelan que la afección toca ya al organismo entero. La utilización de este remedio puede efectuarse de tal manera que la raíz desmenuzada es mezclada con ron y una copa de vino de esta infusión es servida al herido, o que el herido mastica la raíz, se traga el jugo y aplica una parte de la raíz masticada a la herida.

En lo que concierne a lesiones producidas por insectos, solo las garrapatas y las niguas tienen cierta importancia.

La garrapata es un insecto pequeño que se clava en la piel de las personas con sus pinzas, provoca dolor e inflamación, pero puede ser retirado con facilidad.

Las niguas son pequeñas moscas que hieren imperceptiblemente la piel de las extremidades inferiores, cuando éstas están descubiertas, y se insertan ellas mismas con sus huevos. El desarrollo de los huevos, los cuales se encuentran en un folículo, da origen a un dolor y, si acaso el folículo no es retirado integralmente, inflamación y pústula. Pero incluso este mal, del cual los indios que siempre andan descalzos sufren con frecuencia, es muy fácil de evitar.

Entre los miskitos la ciencia médica es tan inexistente como los médicos. Por consiguiente, la superstición reina a sus anchas en todo lo que concierne a las enfermedades. una de las costumbres más extrañas al respecto es que uno no debe pasar frente a una choza donde se encuentra un enfermo por el lado de donde sopla el viento, para no quitarle el aire y la respiración. Para los casos de enfermedad en los que una intervención parece conveniente, se tiene de recurso al hechicero (sukia) o si no también al consejo de los colonos europeos, pero de cualquier medio al que se recurra se espera que auxilie inmediata y completamente. Si esto no sucede se pierde la fe en el remedio y se procura uno nuevo y mejor.

Los decesos entre los indios miskitos afecta principalmente a los niños más pequeños y luego a los ancianos. En las edades intermedias, las muertes son raras, con excepción, por supuesto, de las epidemias de viruela las cuales sin distinción de edad han arrasado con miles en corto tiempo. En general, los miskitos alcanzan una edad avanzada, y no raramente se encuentran reunidos en una misma choza el tatarabuelo su hijo, su nieto y su bisnieto. Cualquier información precisa sobre las edades resulta imposible ya que nadie puede expresar su edad en años.

El traductor (D.S.) agradece a Dieter Stadler la revisión final de algunos de los textos.